

ALGUNOS SABORES Y SENSACIONES DE MI INFANCIA

Jesús Lizcano Alvarez

Recuerdo los años de mi infancia como una época bastante feliz en su conjunto, lo que supongo que es muy normal, ya que solemos *destilar* los recuerdos en nuestra memoria reteniendo los momentos más agradables. Voy a referirme en estas breves líneas a algunas de las sensaciones y *sabores* que me dejó este tiempo infantil, contextualizándolo en la sociedad y en el Madrid de aquellos años.

En torno a una manzana muy castiza

Mis primeros años de vida los he de situar necesariamente en torno a una manzana del castizo barrio madrileño del Chamberí, la que está entre las calles de Eduardo Dato y de Rafael Calvo (flanqueada por las calles Fernández de la Hoz y Zurbano). En un lado de esa manzana, en la calle Eduardo Dato, vine al mundo en una fría noche de enero de 1956, en la que se llamaba Clínica del Cisne. Y en el otro lado de esa manzana, en la calle Rafael Calvo, estaba el colegio en el que transcurrió la mayor parte de mi niñez, desde los cuatro años escasos hasta los once años bien cumplidos. Sobre la clínica donde nací poco puedo contar, ya que mi paso por la misma fue lógicamente efímero. Me voy a referir con algo más de detalle a mi colegio, el Instituto de Selección Escolar.

Aquel querido colegio...

Recuerdo bastantes cosas de aquel colegio, y de lo que allí viví y disfruté. En primer lugar, el colegio era bastante *selectivo* en la entrada de alumnos (de ahí su nombre) mediante un sistema de exámenes psicotécnicos; lo recuerdo además como un centro muy exigente para quienes allí estudiábamos, y también era bastante caro (iban hijos de algún ministro); yo pude asistir al mismo gracias a una beca derivada de mi supuesta condición de niño *superdotado* según aquellos exámenes (lo que evidencia lo imperfecto de tales sistemas de medición). Por otra parte, era un colegio *mixto*, un *rara avis* en aquella época en la que los colegios eran o masculinos o femeninos, lo cual para mí fué tan natural como enriquecedor. Era además un colegio en régimen *mediopensionista*, en el que comíamos y merendábamos, lo cual me generó la cualidad de *comer de todo*, ya que no había más que lo que te ponían y hasta que no lo acababas no podías salir al recreo; además, había que tomarse los botellines de leche que nos daban como merienda (junto con el correspondiente membrillo, o pan y chocolate), lo cual dado su sabor, vino a mostrar la capacidad de adaptación de un niño a cualquier tipo de alimento.

Aprender a tener “mano izquierda”

Otra de las cosas que recuerdo de aquel colegio eran las habilidades y trabajos manuales que nos enseñaban, como consecuencia de que la directora del colegio (doña Laura Luque), tenía un bien ganado prestigio (y a la vez que mal genio) por adoptar las técnicas pedagógicas de la Institución Libre Enseñanza; aprendimos así cosas tan singulares como escribir con la mano izquierda, mediante aquellos para mí *antinaturales* dictados, en hacer *tropecientos* tipos de nudos, lazadas, etc., montar cosas varias con materiales de todo tipo, y otras normas educacionales que recuerdo, como que no se debía mirar (era cotillear) al interior de las puertas

o ventanas que se encuentran abiertas. La utilidad de muchas de estas cosas las entendí bastantes años después.

También se caracterizaba el colegio por sus horarios bastante singulares e intempestivos, ya que en los primeros años de mi infancia teníamos clase de lunes a sábados, incluidos los sábados por la tarde, si bien las tardes de los jueves las teníamos libres. Además, cuando se era *mayor* y comenzaba el bachillerato (diez u once años) muchos días se salía del colegio a las siete y media de la tarde, lo cual convertía el colegio en tu segunda vivienda. En todo caso, cuando desapareció el colegio en el año 1967, comencé a echarlo bastante de menos, y reconozco que me ha dejado una huella realmente imborrable.



Fotos de los *niños de doña Laura* ANTES (principios de los años 60), en la entrada del colegio, todos con pantalón corto (soy el segundo por la derecha, abajo).

Una segunda manzana muy cercana

Además de la anterior manzana he de hacer referencia a otra manzana que también ha ocupado (y ocupa) para mí un lugar importante. Es la manzana situada entre la calle Miguel Ángel y la de Fortuny (flanqueada por la propia calle Rafael Calvo y la de Martínez Campos). En el lado de la calle Miguel Ángel, en el que es ahora el Instituto Internacional, había una biblioteca a la que yo acudía a la salida del colegio a leer libros de Tintín, y también de Enyd Blyton y sus aventuras de Los Cinco. Se da la circunstancia de que bastantes años después, a mis *veintipocos* años, volví a *habitar* ese edificio, en este caso uno de los áticos del mismo, donde teníamos la sede de las *Juventudes Europeas Federalistas*, asociación de gente joven y entusiasta por la Europa que en aquel entonces (finales de los años 70), veíamos todavía como un *ideal*, y en la que tarde o temprano necesitábamos entrar y respirar así *aires nuevos*. Y bastantes años después, en el lado de Fortuny, comencé a *habitar* institucionalmente otra parte de esa misma manzana (en el edificio de la Fundación Ortega y Gasset-Marañón), ya que en sus locales está ubicada la sede social de *Transparencia Internacional España* (ONG que me he honrado en presidir durante más de trece años), lugar éste realmente precioso y que me ha permitido seguir conservando algunas raíces en el querido barrio de Chamberí.

Una mirada a la sociedad de aquellos años

Dentro de los muy limitados recuerdos o visión de la sociedad que puede tener un niño, recuerdo en todo caso una sociedad bastante monolítica, con un tono de *blanco y negro* (como le gustaba decir a algunos de mis amigos *mayores*), lo mismo que la televisión de aquella época. Todo estaba realmente impregnado por el régimen político imperante, y los nombres de muchas calles, monumentos, estatuas, etc. estaban referidas a personas, políticos, militares, etc. pertenecientes a dicho régimen; recuerdo incluso que en los alrededores de las iglesias de los pueblos había siempre una cruz o pequeño monumento a los *caídos*, de un sólo bando (ya incluso un niño se podía preguntar que dónde estaba la otra media España, la que perdió la guerra...) También recuerdo que lo militar estaba muy presente en la vida y en la sociedad, en los actos, celebraciones, etc. de aquella época, lo que era normal dado el régimen imperante del Generalísimo Franco, y que incluso a un niño le podía resultar algo chocante, sobre todo cuando hablaba con personas adultas y procedentes de otros países y latitudes geográficas.

Lo que veíamos, oíamos y leíamos

Recuerdo que en los años de mi infancia llegó la televisión a una parte de las casas y familias, primero con un sólo canal, surgiendo después el segundo canal (UHF) con unas cuantas horas de emisión al día, lo que ya suponía un verdadero *lujo* televisivo en aquella época. En cuanto a lo que se veía en la televisión recuerdo con agrado series como: Rin Tin Tin, Bonanza, Daniel Boone, Viaje al fondo del mar, o algunos programas musicales, como Escala en Hifi, y especialmente el concurso televisivo Cesta y Puntos que para mí tiene un recuerdo imborrable. En la radio recuerdo especialmente el Vuelo 605, de Ángel Alvarez, que era una verdadera ventana por la que entraba música procedente de otros países; también recuerdo la famosa *canción del Cola Cao*, omnipresente cuña publicitaria de aquella época. Disfruté igualmente con el concurso radiofónico entre colegios *Olimpiada del Saber*, en el que competían con preguntas y respuestas, y en el que yo participaba y me *autopuntuaba* desde la distancia de las ondas. No hay que olvidar entre lo que se veía, el noticiero cinematográfico del NODO, verdadero archivo audiovisual de aquella España.

En cuanto a la lectura, además de algunos libros del colegio, me gustaba leer libros de Tintín y de Enyd Blyton y sus aventuras de los Cinco. También me gustaba leer aquellos famosos *tebeos*, entre los cuales recuerdo los siguientes: el TBO (que dió nombre precisamente a estas publicaciones), el Capitán Trueno, el Jabato, Roberto Alcázar y Pedrín, Hazañas Bélicas, Tiovivo, Pulgarcito (con su famosa contraportada: *El 13 de la Rue del Percebe*), etc.

Lo que se leía en la prensa de aquellos días

En cuanto a lo que se leía en la prensa, dada mi escasa edad, no era lector de prensa, pero sí que he consultado las hemerotecas (la del ABC.es es realmente completa) me he asomado a las noticias publicadas el día de mi nacimiento, para ver lo que ocurría en estos primeros días de aquel 1956, a cuya cosecha o generación dedicaba una canción Miguel Bosé, nacido también aquel año (y en la que nos calificaba como “todos poetas los del 56”). También Pablo Lizcano (el desaparecido periodista y escritor) escribió un libro sobre la generación del 56, si bien éste se refería a otra generación, la que era ya universitaria en aquel año.

Viendo la prensa de esos días se ve que muchas de las portadas las ocupaba Franco, siempre mencionado como “el Caudillo”; así la portada de aquel 25 de Enero en el que nació la ocupaba Franco, recibiendo el gran Collar de la Orden del Mérito ecuatoriano, y la del día siguiente estaba ocupada por la foto de las audiencias que había concedido ese día anterior. El periódico del día de mi nacimiento comenzaba con un artículo de José María Peman sobre la última novela de Carmen Laforet, y algunas noticias de aquellos días llamaron mi atención, por ejemplo un artículo relativo a la familia de artistas Calvo, en el que precisamente se hacía una oda a Rafael Calvo (quien dió nombre a la calle de mi colegio), con una amplia referencia a un artículo escrito por Leopoldo Alas “Clarín” sobre este importante artista teatral de la segunda mitad del siglo XIX que fué Rafael. También se recogía ese día la entrega de una condecoración a Santiago Bernabeu por parte de Manuel Aznar (padre del ex Presidente del Gobierno español) y por aquel entonces Presidente de la Asociación de la Prensa.

Algo que me ha llamado la atención es que se celebrase en aquella fecha -dada la época- un partido de la *selección catalana* de fútbol (frente al equipo inglés del Luton), con verdaderas figuras de aquel tiempo como Ramallets, Suárez o Kubala. Al final del periódico había una exigua sección de las cotizaciones de Bolsa y una muy amplia sección de Anuncios por palabras en la que se anunciaba de todo (o de *casi* todo, si exceptuamos las casas de Masajes). También se anunciaban noticias como la construcción de un “Robot observacional del tiempo” o la compra por Air France de “Aviones de propulsión a chorro”, y se afirmaba que Rainiero de Mónaco tenía un sueldo mayor que el de Eisenhower.

El fútbol estaba en todas partes...

En aquellos años finales de los cincuenta y en los sesenta, el fútbol -lo cual sigue ocurriendo- era omnipresente: tanto en los medios de comunicación (recuerdo el *Carrusel Deportivo* de los domingos), como en las conversaciones en los trabajos y en los bares, en los juegos de apuestas a través de las quinielas, y además todos entendíamos -y seguimos entendiendo- de fútbol, desde los niños hasta los ancianos. Además, una gran parte de la población masculina jugaba -y juega- al fútbol; yo mismo comencé a jugar al fútbol en el patio del colegio, en el *recreo de los pequeños*, en el que no nos dejaban utilizar balones porque había puertas y ventanas de cristal por todas partes, por lo que jugábamos con piedras, castañas, bolsas de plástico envueltas con gomas, o con cualquier otro objeto al que se le pudiera dar una patada. Era un sueño cumplir los diez años para poder jugar en el *recreo de los mayores*, en el que se podría jugar ya con pelotas y balones libremente; posteriormente seguí jugando al fútbol y lo he hecho durante diecisiete años en diversas competiciones deportivas, e incluso espero seguir haciéndolo ocasionalmente -ya con bastante menos facultades- hasta que el cuerpo aguante. Además, mi padre jugó también al fútbol, y durante años jugué con mis dos hermanos en el mismo equipo de fútbol. O sea, que soy un fiel reflejo de ese intenso *sabor futbolístico* de la sociedad española.

Aquellos cromos y “chuches”...

Otra forma de entretenimiento eran los *Cromos*. Yo era un fiel *hacedor* de colecciones de cromos: entre ellas recuerdo las de *Vida y color*, *Universal*, los Animales, los Picapiedra, y por supuesto las colecciones anuales de los cromos de Fútbol, que han seguido existiendo en la épocas de mis hijos, quienes cuando eran pequeños también hacían colecciones (mi hijo más bien de fútbol, y mi hija de otros temas), lo mismo que hacen los niños actuales, ya que sigo yendo a *el Rastro*, lugar en el que ya los niños de aquella época cambiábamos los cromos, y

veo que cinco décadas después, sigue siendo un lugar de culto y de cambio de cromos, en el que se siguen viendo padres e hijos unidos en esa difícil tarea de encontrar los cromos que faltan para terminar la correspondiente colección.

En cuanto a las chuches los niños visitábamos con asiduidad las correspondientes tiendas de pipas y caramelos (no se llamaban chuches por aquel entonces), y solíamos comprar un poco de todo, entre dulce y salado, desde las pipas o los kikos, a los caramelos, el regaliz, los chicles, etc. Precisamente la tienda de pipas y caramelos que había en aquella época en la plaza de Chamberí, creo que es el único negocio que pervive actualmente en esta plaza.

Aquellos juegos en la calle...

Los niños necesitábamos muy poco para organizarnos y jugar; una buena parte de los juegos se hacían en la misma calle, o bien en arenales de las plazas o parques de las ciudades (como el arenal que había en la plaza de Chamberí). Recuerdo muy distintos juegos, unos en los que se utilizaba algún objeto (básico, por supuesto), como las canicas, el taco, los palitos, el clavo, las chapas, el pañuelo, o los propios cromos. En cuanto a juegos sin necesidad de objeto alguno, estaban los de correr, o los de saltar uno sobre otro, etc., por ejemplo, el *Rescate*, el *Correcalles*, el *Cortahilos*, *Prusia*, el *Tula* (con su variante de *Tula envenenada*). Y cuando no se podía salir a la calle, allí estaban los *Juegos Reunidos Geyper*, o también las clásicas cartas, el dominó, los dados o el parchís.

Todos con *pantalón corto*...

Recuerdo también que en aquella época todos los niños íbamos con pantalón corto, y además lo hacíamos hasta cumplir una cierta edad, once o doce años en muchos casos. Como consecuencia de ello siempre teníamos las *rodillas rojas*, con arañazos, heridas y costras fruto de las caídas, las cuales en muchos casos se perpetuaban a lo largo del tiempo, al menos durante los días o épocas del colegio.

El sabor de los sábados...

El hecho de que en aquel colegio los sábados por la tarde tuviésemos clase era algo singular y en clara desventaja respecto a los demás colegios, aunque tuviésemos libre la tarde de los jueves. Recuerdo perfectamente la gran ilusión que nos hizo cuando nos comunicaron que los sábados saldríamos al mediodía (aunque nos suprimiesen los jueves por la tarde libre); el hecho de disponer de un día y medio completo como fin de semana era realmente ilusionante. Además, en determinado momento nos comenzaron a llevar los sábados al mediodía a unos conciertos de música clásica (para niños) en el Teatro Monumental de la calle Atocha, y desde ahí ya cada uno se iba a comer a su casa, lo cual hacía que oyéramos y disfrutásemos con mayor veneración esa música. Quizá eso hiciera aumentar mi afición por la música, que luego se consolidó más adelante en los tiempos del bachillerato, formando parte del Coro del instituto, y más tarde esa afición me llevaría a crear y coordinar el proyecto *Música para un Mundo Mejor*.

Aquello sí que era inflación...

Aunque el término *inflación* seguro que lo desconocía en mi niñez, sí aprendí después en la Facultad que en aquellos años existía en España una Junta Reguladora que limitaba la inflación fijando los precios máximos de venta al público de la mayor parte de los productos cotidianos: frutas, verduras, pescados, carnes, legumbres, etc. En todo caso, recuerdo el enfado que me entraba cuando sufría la inflación en los productos de los que yo era consumidor, por ejemplo me acuerdo de una *escandalosa* subida desde 7 ptas. a 10 ptas. en las entradas del cine al que yo iba una o dos veces por semana, lo cual venía a destrozar mis modestísimas finanzas personales. Recuerdo igualmente la subida *estrepitosa* desde 50 céntimos a una peseta de las barras *grandes* de regaliz (tanto las rojas como las negras), lo que me enfurecía con el *kiosquero*, aunque lógicamente él no tenía culpa. También recuerdo y no lo entendía, cómo podía subir tanto el precio de los últimos cromos de la correspondiente colección, que costaban un potosí cuando quería comprarlos en el Rastro (ya harto de abrir sobres de cromos para ver *si te llegaban*); no conocía lógicamente el juego de la oferta y la demanda, y que cuando eran tan escasos aquellos cromos *superdifíciles*, todo el mundo (incluidos los padres) era capaz de pagar por ellos esos precios tan abusivos para poder así acabar la colección. Aquello sí que era inflación para un niño como yo...

Algunas sensaciones y sueños

Comenzando por los *sueños* recuerdo que al igual que la mayor parte de los niños de mi edad yo tenía muchos sueños. En primer lugar, cuando me preguntaban qué quería ser de mayor y que me gustaría conseguir, yo decía que mi sueño era descubrir el remedio para el cáncer, sueño todavía inviable integralmente para la humanidad. Otro de mis sueños era poder viajar y conocer otros países; ya comenzaban mis deseos por conocer Europa, cualquier país me valía, y me interesaba enormemente todo lo que veía, se oía, y se podía leer sobre el extranjero. Recuerdo además la ilusión que me hacía el utilizar las *huchas del Domund* que nos daban en el colegio para así ir pidiendo por la calle que nos echasen unas monedas que luego iban a ir destinadas a los países más pobres y necesitados; había huchas representativas de distintas nacionalidades o razas como, que se verbalizaban como las de un *chino*, las de un *indio*, las de un *negrito*, etc. y en los días previos y posteriores a la cuestación se nos explicaba a los niños todo lo relativo a esos países, sus necesidades, sus miserias, lo que te concienciaba de alguna manera en la necesidad y la importancia de una solidaridad internacional, con ese sueño actual de que los ciudadanos de esta *Aldea global* nos demos cuenta que hay una sola familia por encima de todas, que es la *Familia Humana*. Todo ello aparte de la satisfacción que te daba el poder pasar por las taquillas del metro y en los autobuses con la hucha, haciéndola sonar, y pasando así gratis lo cual era realmente divertido.

Otra sensación que me acompañó en aquellos años era la de sentirme el *hermano mayor*, dado que hay una cierta diferencia de edad con mis dos hermanos (a uno le llevo seis años, y a otro nueve). Bien es cierto que la diferencia de edad se iguala con el tiempo, y de hecho los tres hermanos jugamos juntos durante bastantes años en el mismo equipo de fútbol, y aunque lógicamente esas diferencias de edad y sensaciones como hermano mayor desaparecieron hace ya varias décadas, sí recuerdo que fue una sensación de seriedad y responsabilidad que me acompañó durante bastantes años de mi infancia.

Y también algunos recuerdos menos agradables...

Como supongo ocurre a todos los niños, también me acaecieron y conservo algunos recuerdos menos agradables. Recuerdo, por ejemplo, mi operación de anginas, en la que no me surtió efecto la anestesia, y me las hubieron de extraer *en vivo*, con el consiguiente dolor y permanentes *alaridos* por mi parte. También recuerdo el cierto susto o ataque de pánico que me entró cuando mi hermano José Luis se pilló en el colegio el dedo pulgar de una mano con una puerta enormemente pesada, y me quedé de piedra cuando me llamaron y ví que le estaba textualmente colgando una falange de ese dedo. El rato que pasé cuando le acompañé con una profesora a la Casa Socorro más cercana, me resultó realmente traumático, por sufrir a los 10 años ese trance de un hermano de 4 años.

Algunas otras sensaciones desagradables, pero menores, me ocurrieron en el colegio; recuerdo lo que me molestaba -e incluso tengo que reconocer que me asustaba un poco- cuando me tocaba ir a regar las plantas y pasaba por una habitación medio oscura en la que había un esqueleto, que además nos decían que era real; me he enterado muchos años después que lo conserva una compañera del colegio (Elia Alía), dado que su padre era profesor del mismo y cuando éste se cerró se lo *regalaron*. También recuerdo una caída que tuve desde lo alto del tobogán, en la que no me rompí la cabeza de milagro, y que me tuvo varios días con dolores, y también cuando me clavé un bolígrafo Bic que tenía en la boca cuando jugaba al frontón y me choqué contra la pared clavándomelo prácticamente en el fondo de la garganta. Para compensar este *tenebroso* relato también tengo que reconocer que hubo momentos desternillantes de risa, por ejemplo, cuando doña Laura, la directora del colegio, la cual se quitaba la dentadura postiza y la dejaba en la cajonera del banco de la capilla en el que estaba, volvió una vez de la comunión y le había *desaparecido* la dentadura, ya que unos niños de los *mayores* (ya adolescentes), se la habían cambiado de sitio; no se puede describir lo dramático del momento, pero algunos nos partíamos de risa, aunque estábamos en una iglesia y no la podíamos exteriorizar todo lo queríamos.

El sabor de lo religioso

El sabor de lo religioso era para mí un sabor *agridulce* en aquella época infantil, ya que tuve momentos agradables relacionados con la religión, y otros menos agradables. Aunque el colegio tenía cierta singularidad, por seguir los principios didácticos de la Institución Libre de Enseñanza, la educación racional, laica, etc. se impartían durante uno o dos ratos a la semana algunas clases de religión (católica), y en las que nos enseñaban una serie de cuestiones que eran más del terreno de las creencias que de la razón, lo cual no acababa de encajar en mi incipiente cerebro y todavía escasa capacidad de raciocinio. Aún siendo tan pequeño recuerdo que no me creía algunas cosas que nos contaban, por ejemplo, sobre el *Diluvio universal* y lo de introducir todos los animales en una sola barca, recuerdo lo injusto que veía el pecado original, por acompañarnos por el simple hecho de nacer, el régimen de pecados y de sanciones de la religión, o incluso algunas parábolas como la de una persona que había estado pecando toda su vida y se arrepiente en el último instante, y por ello se salva y va al cielo para siempre, mientras que otra persona que había tenido toda su vida una conducta ejemplar y tiene un error en los últimos momentos, y ya por ello muere en pecado mortal y va al infierno para la eternidad. Yo mostraba mi insistente desacuerdo y la injusticia de esa situación a la profesora que nos daba esas clases, lo cual realmente la enfurecía.

Esas cosas al igual que tener que ir cuando ya comenzaba el bachillerato muchos días a misa justamente antes de comer (con el hambre que teníamos a esa hora), así como el hecho de que además hubiera unas *pláticas* religiosas una tarde a la semana en la que perdíamos el recreo, fueron cosas no muy agradables para mí, lo mismo que aquellas interminables visitas al confesionario que teníamos que hacer todas las semanas para contar a un cura (bastante malhumorado, por cierto), nuestras interioridades y lo que hacíamos supuestamente mal en los últimos días, con las consiguientes y amplias penitencias que teníamos que cumplir después.

Por otra parte, sí me gustaban otras cosas relacionadas con la religión, como por ejemplo, el hacer de monaguillo; lo hacíamos por turnos todos los niños, o también el ir los jueves por la tarde a cantar “las flores a María”, e igualmente los concursos de Catecismo, en los que había que aprender de memoria todas las preguntas y respuestas del Catecismo, y aunque yo no entendiese bien el significado de algunas preguntas y respuestas, con ello ejercitaba mi memoria y me divertía sobre todo cuando obtenía buenas puntuaciones. También me gustaba el rito de la Primera Comunión, con todo lo que acompañaba al mismo, a excepción de la *inmersión* que hacíamos el día anterior comiendo en las dependencias particulares de la Directora (a la que teníamos bastante miedo), y también me gustaba el hecho de que todos los niños teníamos que hacer la comunión vestidos de *Marinero* (y no de *Almirante*) a pesar de los dispares grupos sociales y preferencias que había en el colegio.

La resultante de todo ello fué que prevaleciendo el raciocinio sobre las creencias, y respetando profundamente la religión, me apartase de unas u otras creencias, y me haya convertido en una persona *agnóstica*, aunque no por ello dejo de respetar y considerar a las religiones como verdaderos elementos impulsores de una ética, si se practican de forma adecuada y no fanática; y en todo caso me interesa también fomentar los intercambios y encuentros entre las distintas confesiones religiosas; es por ello que soy miembro de la Junta Directiva de la *Asociación para el Diálogo Interreligioso* (ADIM), organización que trata de desarrollar formas de diálogo y de encuentro entre las distintas confesiones religiosas para descubrir y poner en valor los aspectos positivos y comunes a la mayoría de ellas.

Aquellas inquietudes y aventuras del conocimiento

Una de las cosas para mí más agradables y definitorias de mi personalidad y devenir futuro, fue la curiosidad intelectual y científica que comencé a tener en la infancia gracias a la ayuda y por impulso de algunos de los profesores de aquel colegio, que en este sentido se convirtieron en verdaderos *maestros* para mí. El hecho de que desde niño te fomentaran la curiosidad en el ámbito del conocimiento y de la ciencia me sirvió para crear una semilla intelectual que luego ha ido floreciendo con el devenir de los años, y que se ha convertido en un verdadero vector o eje fundamental de mi vida profesional o académica. Recuerdo las lecturas dentro y fuera del colegio que me comenzaron en aquella época a gustar, los juegos, los programas de televisión relacionados con las novedades científicas y la ampliación de las fronteras del conocimiento; recuerdo algunos de los juegos que más me gustaban tales como el *Cheminova*, y la utilización de un microscopio que venía asociado al mismo; en el terreno de la televisión me encantaba el programa *Cesta y Puntos*, en el que se competía entre colegios con preguntas de muy diversas áreas o asignaturas escolares de aquella época: Geografía, Matemáticas, Literatura, Ciencias, etc. Me encantaba igualmente oír a última hora de la tarde en la radio el programa *Olimpiada del Saber*, igualmente un concurso o competición con preguntas y respuestas entre los niños de diferentes colegios. También en la televisión (en aquella época no había canales como *Discovery* o *National Geographic*) había algunos

programas (en blanco y negro, por supuesto) como: *Visado para el futuro*, *las Fronteras de la ciencia*, y sobre todo *Misterios al descubierto*, programas que presentaba en los años sesenta Luis Miratvilles, persona realmente seria, siempre vestido con corbata y traje oscuro, pero que lo explicaba todo de forma clara y se acompañaba de imágenes que te llevaban a un mundo realmente nuevo.

Reencuentro de los “chicos de doña Laura”

Uno de los acontecimientos más singulares y entrañables que he experimentado en relación con aquellos años del colegio, ha sido el reencuentro, después de un paréntesis de cuarenta años, de los *chicos de doña Laura*, es decir de los niños o *compis* que nos despedimos cuando desapareció aquel colegio (año 1967), y nos volvimos a ver cuarenta años después. La historia (o mejor dicho la *prehistoria*) de esta aventura comienza en los años ochenta cuando Mariano Muela, un compañero de clase de aquella época, me telefoneó estando él en Brasil como consejero comercial de la Embajada española, para poder vernos en una próxima visita a España. Quedamos entonces después de casi veinte años sin vernos (recuerdo que fui con muletas porque tenía una pierna escayolada, por una de las varias lesiones de mi etapa *futbolera*). En el transcurso de la charla comentamos la posibilidad de intentar localizar a los demás *niños de doña Laura*, en aquel entonces a través de la Guía telefónica (no existía internet); no logramos más que descubrir un par de posibles nombres de nuestros antiguos compis, por lo que abandonamos el proyecto.



Fotos de los *niños* (no tan niños) *de doña Laura* más de cuarenta años DESPUÉS, en el reencuentro de 2006).

Transcurrieron casi otros veinte años, y ya en el año 2005, volvimos a contactar en otras de las visitas que hizo a España, y nos propusimos buscar a través de internet a todos aquellos compañeros de colegio. Después de varios meses de contactos directos o indirectos, de correos electrónicos, llamadas telefónicas, etc. pudimos localizar a una veintena de *niños de doña*

Laura, y los convocamos a tal efecto para un encuentro o cena colectiva en junio de 2006 en el restaurante La Leyenda (carretera de La Coruña).

Fué realmente emocionante el encontrarnos cuarenta años después de que muchos de nosotros nos habíamos dejado de ver. Cuando llegamos al patio de la entrada del restaurante recuerdo que había un corrillo de personas a las que supuestamente no conocía, pero una vez que me fui acercando intuí algunas expresiones, ojos, sonrisas, etc. que me sonaban de muy atrás de aquellas personas que ya no eran tan niños y que nos fuimos *redescubriendo* al presentarnos.

La cena fue realmente emocionante, y en ella tuvimos ocasión de ver las muy diferentes trayectorias profesionales que habíamos seguido unos y otros, ya que aquellos niños eran ahora ingenieros, arquitectos, médicos, empresarios, químicos, escritores, periodistas, abogados, etc. También hablamos de aquellos niños y niñas de doña Laura que no habían podido venir por diversas circunstancias, como por ejemplo, Fernando Ballvé (lamentablemente desaparecido después) y que fué alumno del colegio junto con otro hermano (se dió la circunstancia casual de que su secretaria, con quien contacté, había sido alumna mía en la Facultad), o de Federico J. Asenjo que nos enteramos era profesor de euskera en el País Vasco, y otras *niñas* como Mónica Ortiz de Zárate, Margarita Arimendi, Paloma Valdivieso o Elia Alía. Posteriormente hemos organizado algunas cenas en las que sí han asistido, algunos de ellos o ellas; y también nos hemos vuelto a ver con motivo de un lamentable acontecimiento como la muerte de nuestro querido compañero Pepe Arquero, uno de los que más ilusión y esfuerzos aportó para el citado reencuentro de los chicos de doña Laura.

En las fotos que acompañan a este texto se pueden apreciar algunos de los *chicos de doña Laura* en los comienzos de los años sesenta, en una de las escasas fotos (por supuesto en blanco y negro) de las que se hacían en aquella época, y tal como se puede apreciar todos llevábamos pantalón corto. La otra foto es de la ya legendaria Cena de reencuentro, en las que se nos ve, más de cuarenta años después, a aquellos y a otros compis más del Colegio. Aunque nuestros aspectos físicos son lógicamente muy distintos, todos conservamos el mismo espíritu y talante que adquirimos en aquellos años de nuestra infancia.